



OLOR A NAVIDAD

De pronto te pones a pensar y te das cuenta de que este mundo urbano y moderno, que se ha llevado tantas cosas por delante, ha acabado también con lo que podrías llamar el calendario de los olores. Quiero decir que antes teníamos un olor para el verano —olor de calor, de paja de las eras, del patio recién regado—, otro para el invierno —¿recuerdas cómo olía el frío pegado a la pana de los hombres que llegaban del campo?— y uno para cada tiempo.

Ahora aquí, en la ciudad huele igual todos los días y casi nunca bien. Ya ves, hasta cuando llenan los paseos de flores, que es una hermosura, son flores que no huelen.

En el pueblo tú sabes que era otra cosa. Yo, por ejemplo, y ahora que llega el tiempo, me acuerdo, quiero acordarme, Dios me ayude, de los olores de la Navidad. Vamos a ver si hacemos mención sin desha-

cermos del todo en una nostalgia que ya nos está poniendo los pelos de punta.

Había —y ése era el primer anuncio de que la Navidad estaba cerca un olor a horno; a dulces navideños que se cocían en los hornos de las tahonas para luego, rociados de azúcar, llenar las cestas: vinillos, porrocinas y mantecados empapaban el aire de olor a anís, azúcar y manteca que era una bendición de Dios.

Tan grato como ése, era el olor del nacimiento. Porque el belén que tú ponas en tu casa estaba montado sobre un paisaje natural que tú construías a base de musgo, carrasco, enebro y tomillo, que ibas trayendo de la sierra cercana. Y Belén y hasa el palacio de Herodes, allí en la alta lejanía, olían a esas plantas de a sierra, sobre todo al penetrante tonillo.

Y llegaba, por fin, el día 24 y ya

desde por la mañana, bien lo sabes, se esparcían por la casa otros olores gratos que salían de la cocina, donde se asaba el cordero o el besugo y donde, luego a última hora, hervía aquella sopa de almendra, que sería —cerca ya la hora de la misa del Gallo— el colofón final de una cena soñada todo el año.

Yo recuerdo que en aquellos días de niñez fue cuando oí —o tal vez leí en algún tomo del «Año Cristiano»— que alguien había muerto en «olor de santidad», y no me pareció que ese olor fuera de rosas, sino esos olores —a horno, a tomillo— que significaban la Navidad, porque santos eran aquellos días en los que todos éramos mucho mejores, seguramente porque Jesús Niño venía a nacer en tu pueblo de La Mancha como la cosa más natural del mundo. ■

Alejandro FERNANDEZ POMBO